

FAKE



**Alberto Garrandés** (La Habana, 1960) es graduado en Filología. Actualmente se desempeña como columnista de *Cubaliteraria*, el portal de la Literatura cubana, y de la revista cultural cubana *La Jiribilla*. Ha publicado *Walkman (palimpsesto)*, (relatos, 1992; *Ezequiel Vieta y el bosque cifrado* (ensayos, 1993); *La poética del límite* (ensayos, 1993); *Artificios* (cuentos, 1994); *Salmos paganos* (cuentos, 1996); *Silencio y destino* (ensayo, 1996); *Capricho habanero* (novela, 1997); *Síntomas* (ensayos, 1999); *Los dientes del dragón* (ensayos, 1999); *Cibersade* (piezas narrativas, 2002); *Fake* (novela, 2003), *Presunciones* (ensayos, 2005); *La mirada crítica*. (ensayos, 2008), *Las potestades incorpóreas* (novela, 2007); *El concierto de las fábulas* (ensayos, 2008); *Rapunzel y otras historias* (cuentos, 2009); *Días invisibles* (novela, 2009); *Las nubes en el agua* (novela, 2011); *Kashmir* (Prosas poemáticas, 2012); *Sexo de cine. Visitaciones y goces de un peregrino*, (ensayo, 2012) y *La reina sobrecogida* (2013). Entre sus premios más destacados se encuentran el Premio Nacional de Ensayo de la UNEAC, 1990; el Premio Nacional de Ensayo de la UNEAC, 1998; el Premio Razón de Ser de la Fundación Alejo Carpentier, 1990; el Premio Razón de Ser de la Fundación Alejo Carpentier, 1992; el Premio Nacional de la Crítica, 1994; el Premio Nacional de la Crítica, 1995; el Premio de Cuento de La Gaceta de Cuba, 1996; el Premio Nacional de la Crítica, 2000; el Premio Nacional de la Crítica, 2003; el Premio La Llama Doble 2002 de novela erótica; el Premio Alejo Carpentier de Novela, 2007; el Premio Alejo Carpentier de Ensayo, 2008; el Premio Italo Calvino de novela, 2010; y el Premio de la Crítica Literaria, 2012.

Alberto Garrendés

# FAKE



De la presente edición, 2016

- © Alberto Garrandés
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones  
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid  
Tel: +34 91 220 3472  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L  
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1523870912

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Una lluvia enjuta azota los cristales. No hace frío verdaderamente. Es medianoche. El viento sopla a veces, como con desgano. Sé que los relámpagos sobre la ciudad van a quitarme el sueño. Son repentinos excesos de luz acompañados de ruidos esporádicos de trenes y automóviles. Me gustaría irme a vivir a un sitio donde todo eso —la noche, los destellos, la transitoriedad de las explosiones— no sea más que una burbuja sola en la que yacer a salvo.*

*No es por el miedo, nunca he tenido miedo de los truenos. Sino por el insomnio y la hartura, que se mantienen. Aunque a veces los truenos me sorprenden y logran asustarme un poco y suelto dos palabrotas y me quejo. Probablemente se trata de un pecado. No tener miedo y no sentir el regusto de la vanidad al confesarlo. Tal vez sea esa la culpa.*

*Soy Frank Shade, soy inglés, vivo en el barrio judío de Córdoba. Como si Al-Hakam reinara allí todavía. Mañana me iré definitivamente, estoy aca-*

*bado. Se trata de lo que llaman la fuerza del destino. He aquí una metáfora ridícula y, por lo mismo, desagradable. Pero no hay peligro, no soy un sentimental. Que el dios de los ejércitos me ayude en mi deseo de exterminio.*

*Oigo la voz de un cantante, una voz que me produce la misma impresión que me produciría escuchar una necesidad. Odio la ópera. Tolero el teatro, hay nobleza ahí. Antes me gustaba escuchar ciertas piezas italianas, algunos fragmentos escogidos de mi colección. Ahora ni eso.*

*Estoy solo, mi mujer me ha dejado por un músico que publica versos inteligentes. Entiendo que viven cerca de los asentamientos del norte, en una casa en forma de caracol. Escuchan a Björk. Ven la escena estupenda de las robots lesbianas, una caricia en el infinito persistente.*

*Yo, Dios me perdone, preferiría para mi mujer un accidente automovilístico. de acuerdo con su situación no hay destino mejor ni más lógico que ese. En fin de cuentas suele excederse en la velocidad al conducir. Suele excederse en sus excesos, si se me permite la expresión. No conoce los límites. No es imposible conjeturar, por otra parte, que en una mujer el desconocimiento de los límites puede llevar a la sabiduría. Pero a costa de quién.*

*Me pregunto si todo no se encuentra donde mismo lo he dejado, si todo no es la misma sustancia que se adhiere a mi aburrimiento.*

*Nada de eso me importa mucho ya. Hay un hombre que viene todos los meses en busca de mis pape-*

*les. Se los doy, los examina con atención distraída y me los devuelve luego de hacerles alguna enmienda.<sup>1</sup> Dice que al final tendré dinero por ellos. No lo sé. No sé si deba saberlo.*

*Las enmiendas son de carácter estilístico, aunque en ocasiones el hombre altera los hechos o suprime mis énfasis de sentido si sospecha que voy a incurrir en ensoñaciones fantásticas. No me lo explico. Cómo puede alguien conocerlo todo en esa medida.*

*Escribo morosamente, recordando lo sucedido y sin empeñarme en ser exacto. La exactitud, me dicen, es una forma inferior de la verdad. Estoy dispuesto a declarar eso donde sea menester. Mentir y decir la verdad no son actos precisamente contrarios. Hago descripciones borrosas y sin embargo me esmero en fomentar la duda. No se sabe bien si es mi mente, oscurecida ya por el tiempo, o si los hechos fueron por naturaleza así de turbios.*

*Empecé a escribir hace años unas memorias que van y vienen. Es decir, sin un hilo cronológico, aunque mayormente hay un orden ascendente, por así decir. El hombre que revisa mis papeles se interesa en una historia acaecida en el norte de África y otros sitios perdidos. Pero no sabe que lo ocurrido allí es un espejo de los que entonces eran nuestros deseos. Aparte el hecho de que solíamos cumplirlos de la mejor manera*

---

<sup>1</sup> Me he convertido al cabo en un personaje de Samuel Beckett. Hago las cosas como las haría Molloy, o como terminarían haciéndolas Moran o Malone. Soy una sombra. No por casualidad la lluvia picotea los cristales de la ventana y es medianoche cuando empiezo mi relato.

posible. Un espejo colgado en una habitación que ya no está en uso, pero que podemos visitar furtivamente como quien, en una gran casa de las afueras, llena de invitados jóvenes y hermosos, va de cama en cama ejerciendo una sexualidad confusa e intransigente.

En una época, cuando las evidencias de la felicidad del mundo eran menos tímidas y reservadas, yo quería hacer de Lord Byron. No el poeta Byron, no el ciudadano Byron, sino el hombre Byron con su cojera y su cólera y su imaginación.<sup>2</sup> Hice del personaje Byron una vez, antes de arruinarme. Su fantasma causó mi ruina, eso sí lo sé bien. Me quedé sin dinero y sin espíritu. Y al cabo sin él, sin Byron. La ruina total. una devastación como la de los incendios repentinos. El exceso de oxígeno, la respiración que se acelera. Todas las noches, antes de la aventura, yo soñaba con Lord Byron y con una playa bajo la luna. Donde había también un hermoso amigo ahogado y una jaula con hienas.<sup>3</sup>

Pero eso fue después, en la realidad del sueño. Junto a las traviesas aguas del lago.

---

<sup>2</sup> He aquí el inevitable fantasma prosódico —por así decir— de Jorge Luis Borges. La construcción proviene, creo, de «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», o acaso de ciertas enumeraciones caóticas que abundan en sus versos.

<sup>3</sup> El cuerpo asfixiado de Percy B. Shelley, cubierto por un sudario traslúcido, en un catafalco y bajo el cielo sin estrellas de una playa frente al golfo de La Spezia, junto a la lumbre de los hachones de sus fieles. Las hienas enjauladas —dos— fue cosa de John W. Polidori. Tenía siempre necesidad de impactar.



Si la memoria no me traiciona, la idea de impersonar a Lord Byron, suplantarlo, repetirlo en un tiempo de falsificaciones sin volver al aire remoto de 1816, se me ocurrió de golpe, pues al azar —y por mero ocio— uno lee casi cualquier cosa, incluidos los plegables promocionales, y después uno se mete en la Red y, de pantalla en pantalla, averigua con creciente curiosidad, con una curiosidad que roe el perímetro del cráneo como un gusano ácido y sensual —qué metáfora, cuánta lascivia—, si era cierto lo que se decía sobre un poeta inglés perfectamente libre, un coterráneo noble, aristocrático, despectivo y tierno. Y sí era cierto. Y también era cierto que los actuales dueños de Villa Diodati,<sup>4</sup> cuyas habitaciones habían acogido al poeta en el verano de aquella fecha, se aburrían de quiebra en quiebra en una mansión acariciada por la celebridad, mimados por la amenaza de neumonías plutónicas en paredes de una humedad cada vez más intensa.

Necesitaban dinero y con mucilaginoso cautela la alquilaban periódicamente.

(Queda claro que no era un alquiler público.)

Para aposentarse en Villa Diodati había que buscar recomendaciones fuertes y ofrecer todo tipo de garantías sobre el cuidado del mobiliario.

---

<sup>4</sup> A estas alturas ninguno descendía ya del viejo Giovanni Diodati, el muy distinguido profesor de teología.

Cuántos temores. Pero ya alguien —el marqués de Coeur-Saint Remy— había topado con un dibujo del divino Rafael. Localización: tomo octavo de la *Enciclopedia Británica* en su edición de 1917.

Pero nosotros conseguimos hospedarnos allí (sobra detallar el origen de ese trofeo) y viajamos el veintidós de junio con el propósito de ocupar la villa hasta el tres o el cuatro de julio, como ya había hecho, a principios del gran siglo, el poeta despectivo y sus amigos. Anna, mi amante, sería Mary, la novia impura y en sombras<sup>5</sup> de Shelley. La piel de Claire Clairmont, hermanastra de aquélla, era para Paprika<sup>6</sup>, una lituana de Manhattan —y fiel doméstica— con quien yo había tenido un par de *intercourses* encima de un sofá del desván, mientras Anna cumplía su turno en la biblioteca pública del barrio judío.

Entonces también leía yo los reticentes diarios del doctor Polidori.<sup>7</sup> De él —de su ambición áspera y feroz— se había prendado mi amigo Gonzalo, quien tenía su consultorio —era un patólogo meticuloso— a quinientos metros de nuestra casa y daba ya por acabada su pieza teatral *Los mareantes*, acerca de un viejo crimen cordobés, insoluble y mágico y califal.

---

<sup>5</sup> «Novia impura y en sombras». Adjetivos que se adhieren tal vez a la fantasía despersonalizada de la reina Mab, criatura que desde los labios finos de Shelley halló cuerpo en un extenso poema inicial.

<sup>6</sup> Paprika Johnson iba a marcharse después de nuestra aventura a Manhattan, luego a Estambul y posteriormente a La Habana siguiéndole la pista a un director cinematográfico de nacionalidad húngara.

<sup>7</sup> Su hermana censuró los folios originales (que luego dio a las llamas) y fabricó unos diarios en los que nadie cree ya.

Aunque el marroquí Sahar-Alim (más amigo de Anna que mío) no había leído los versos de Shelley, se interesó en aquel hombre incauto, desapercibido, que dormía sin temor junto a una mujer pálida, de inteligencia endemoniada, capaz de urdir una historia de espectros y maldiciones.<sup>8</sup> Anna le prestó un volumen de sus poesías<sup>9</sup> y él desapareció. A su regreso ya no usaba el turbante amarillo. Se había hecho cortar el cabello siguiendo una moda muy artúrica y mostraba con orgullo un chaleco gris de algodón y una corbata *Balenciaga* de seda roja.

A Berger, el criado suizo, lo encontramos en la orilla del lago la mañana siguiente a nuestra llegada. Asaba un pez dorado y redondo encima de una piedra lisa, alargada y dura. *Soy Lord Byron*, le dije con apetito.<sup>10</sup> Bromeaba, como es natural. Me observó con una tristeza drástica en toda la cara. Me habría hecho feliz con solo ofrecerme un trozo de aquel pez. *Vivo ahora aquí, señor*, insistí. El pez olía profundamente. Una delicia. *Lord Byron no solía dar explicaciones al presentarse*, dijo el hombre sin levantar la vista. *Es cierto*, dije asombrado. Después

---

8 *Frankenstein; or the Modern Prometheus*. In three volumes. London. Printed for Lackington, Hughes, Harding, Mayor, & Jones, Finsbury Square, 1818.

<sup>9</sup> *The Complete Poetical Works of Percy Bysshe Shelley*, with an introduction and notes by Edward Dowden, New York, Thomas Y. Crowell Company Publishers. Sin año de impresión.

<sup>10</sup> «Alabado sea él, glorificado sea por la herejía y por las maldades y por la meditación». *Libro del conocimiento del divino poder y tolerancia y aceleración de las criaturas*. Escrito por Cecilio Aben Alrudi, discípulo de Jacobo Apóstol e incluido en *Los Libros Plúmbeos del Sacromonte*.

le pregunté dónde vivía y me contestó con incertidumbre. Le propuse trabajar a nuestro servicio durante el tiempo por el que habíamos arrendado Villa Diodati. *Aceptaré si se me permite tomar una de las habitaciones de la casa; vivo lejos y no puedo ir y venir todos los días*, dijo. *El trabajo es suyo, Berger*, dije pensando en el discurrir mágico del mundo, pues no sabía que estuviera al tanto de George Gordon. Le estreché la mano, una mano caliente, sedosa. *¿Berger?*, me interrogó. *No me diga su nombre verdadero; le llamaremos Berger mientras viva usted aquí*, aclaré. Soy supersticioso. *Me da igual*, dijo moviendo despacio los hombros. Y entró a cobijarse. La mañana era fría aún.

2

Polidori toma nota de algunas correcciones en *Childe Harold's Pilgrimage* y me sugiere intervenir en una disputa literaria que Shelley acaba de promover entre las mujeres. Le digo que me deje tranquilo. Ruego por un poco de paz en medio de la noche. *Berger ha de alimentar al perro, que no lo olvide*, exclamo entre bostezos antes de retirarme. *No tenemos perro aún*, dice Polidori. *Mañana compraremos uno*, interviene Claire y se adelanta. La observo. Ha caminado bajo la lluvia inmutablemente. Tiene pezones de negra. *Quizás una hiena y no un perro*, digo mirándolos. Hago sonar mis molares. Me retiro al fin.

Claire Clairmont. Mujer fina, devota de los escenarios. Ha conseguido una buena colección de máscaras.<sup>11</sup> Entiendo que sus amantes las traen mayormente de Venecia. Cuando introduzco la llave en la cerradura, oigo su sombra moverse en el extremo del corredor. Su hermanastra lee con meticulosidad a Locke y está al tanto de todo. No es aún, sin embargo, un alma libre del cuerpo, a pesar del soplo austero de esas filosofías que ingiere. Suelo oír las escaramuzas de Percy y su novia a través de las paredes de la casa. Percy B. Shelley, el que no sabe nadar, fornicaba todas las noches con una pasión sorprendente.

(Mirando bajo los vuelos discretos del vestido que usa, particularmente en la zona de los hombros, a Claire se le descubre una piel de oro con una lanosidad que invita a morder suave, a oler sin prisas, a acariciar como se hace con las telas que el importador nos muestra sin ansiedad ni zozobra porque acaban de llegar.)

*Vaya, qué pesado el tal Berger, me vigila todo el tiempo, dice. Tiene órdenes de evitar que alguien me moleste, digo. ¿De veras?, dice. Indudablemente, digo. Se aproxima. Fuera ya de la blusa, los pezones subsa-*

---

<sup>11</sup> Primero —dice Nietzsche— nace la creencia en la persistencia y en la identidad *fuera de nosotros*, y solo ulteriormente, para nosotros, seres que durante largo tiempo nos hemos ejercitado en el contacto de este *fuera de nosotros*, llegamos a concebirnos a nosotros mismos en tanto que *algo de persistente y de idéntico a sí mismo*, de absoluto. Claire Clairmont era muy perseverante.

harianos acarician el vello de mi pecho.<sup>12</sup> *Conozco a muchas mujeres que darían lo que fuera menester por estar aquí, donde estoy parada, haciendo lo que ahora voy a hacer. Y se arrodilla. Y desabotona mi bragueta. George Gordon, Lord Byron, dice.*<sup>13</sup>

3

Las aguas del lago Lemán son frías siempre, no importa la estación. A veces un barquero triste las navega en una embarcación muy alargada, en forma de aguja, y se aleja hasta desaparecer dentro de la bruma central. Una vez, hace ya algún tiempo, salté desnudo por la ventana y corrí hasta la orilla en pos del barquero misterioso. Un perro ignoto ladraba infatigablemente y Berger, mareado *by a rude awakening*, daba tumbos con un farol. Intentaba detenerme. Incluso llegó a disparar su arma hacia el cielo, como quien da al loco el trato de un tránsfuga. Nadé y di alcance a la popa de la gabarra. Desde arriba, inmóvil, el silencioso barquero —una mujer hombruna

---

<sup>12</sup> Aureolas entre sicilianas y tunecinas, dos tipologías mediterráneas que cruzadas o superpuestas originan lo que Carl Jung llama «trampas eróticas de la maternidad».

<sup>13</sup> En realidad, esa noche todos vimos a Claire de otra manera. Pero en el relato de los sucesos, que se origina en las referencias propias de nuestra cotidiana amistad (y también en lo que mi imaginación proporciona), la imagen de Claire no parecía ser otra que la de la *Reina Ginebra* de William Morris, mientras que Mary vestía exactamente como la inquietante mendiga —*El rey Cophetua y la hija del mendigo*— de Edward Burne-Jones. Otras veces se adecuaba más a la idea de Claire la joven tracia que se apodera de la cabeza de Orfeo —*Eurídice contemplando la cabeza de Orfeo sobre su lira*— según Moreau.

envuelta en una capa violeta— me miraba fijamente.<sup>14</sup> Cuando recobré el aliento le pregunté si no le apetecía una copa de brandy. Hacía frío. *Me encamino hacia un sitio donde hay bastante calor*, contestó. Y entonces todo —la dama barquera, su pértiga, el barco mismo— ardió en una llama expansiva que me obligó a hacer una inmersión. Al salir al aire de las estrellas noté que nada había en derredor.

Berger y especialmente Polidori saben de esta y otras visiones que hacen de mi vida una interesante excursión al mundo de lo desconocido. Berger lo reconoce con cierta alegría, pues más de una vez ha salvado mi vida. Polidori en cambio, siendo un devoto de las sombras literarias, aborrece todo tratamiento material de los sueños. No conozco a nadie que lo haga reflexionar al respecto.

Veo que el ejercicio de impersonar sale bien. Hablar *por* el otro no es lo mismo que hablar *desde* el otro. El matiz es solo un tajo fino en el aire, pero hemos de reconocer que algunas palabras resultan más verdaderas que otras con solo someterlas a una modificación de intensidad y de color. Sé lo que es la intensidad, no así lo que es el color. Pero algo perceptible hay allí. Algo bello y cierto en el estado estético.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> Referencia visual: el San Juan de *Crucifixión con la Virgen, San Juan y ángeles* (1334), de Ugolino di Nerio, pero con el peinado que ostenta Giovanna Tornabuoni en el retrato que de ella hace Domenico Ghirlandaio en 1488.

<sup>15</sup> El estado estético —comenta Nietzsche— tiene una sobreabundancia de medios de comunicación junto con una extrema receptividad a

Claire Clairmont duerme y respira suavemente. Duerme desnuda y muy próxima al fuego, como ciertas bestias. Sueña, se agita, habla incoherencias fatigosas. Una especie de tigre quiere brotar a veces de su piel. Y entonces una sombra entra en la estancia y sube hacia el techo, doblándose con las manos extendidas en una ondulación silenciosa y fatal.

Claire. *A lurid, possessed-like lady.*

El columpio del jardín se embellece con Mary y su vaivén vaporoso. Su rostro enseña una sonrisa de quien se encuentra en paz consigo. (Al escribir esto, no siento la distancia entre Frank Shade y Lord Byron, sino el sonido que hace la capa de las palabras posibles en él cuando se deslizan sobre las mías.)

Otra vez...

Desde mi ventana veo el columpio del jardín embelleciéndose con la imagen vaporosa de Mary y su vuelo en mitad de la noche.

El rostro enseña una paz entrañable que hace de su sonrisa una manifestación de lo auténtico. Eso es. Mi amistad con ningún hombre jamás es garantía de nada, en especial si se trata de una mujer —la suya— que se balancea y permite que el viento juegue con su vestido de irse a la cama. Sexo poderoso, de breña, atezado misteriosamente.

Percy, vámonos al mar, al verde oscuro del mar. Escapemos. ¿No es mejor ir al encuentro de Ozy-

---

los estímulos y a los signos. Es el colmo de la comunicatividad y de la transmisión entre los seres vivos y la fuente de los lenguajes. Todo arte maduro se basa en una multitud de convenciones.



mandias, Rey de Reyes? Yo sé que ella adora aquello que la incendia, y el incendio eres tú. Alejémonos de ella, vayamos al centro de ese verde lejano. Oigamos la cuita de Ozymandias.<sup>16</sup> Pero sé que también tú has venido por mí. Tras de mí vendrías hasta la orilla del Leteo si fuera preciso. A descansar sobre mi pecho.

Del regazo de Mary cae un álbum que la hierba súbita oculta. Embriagada por el aire de la noche, por el resplandor de la luna entre las nubes, ella no advierte que el álbum queda con las páginas vueltas hacia abajo, cerrado a medias en la humedad de las lluvias recientes. Los ojos de Mary traspasan las copas de los árboles, vuelan, son luciérnagas de magia. El lago duerme ahora, arrullado por los pensamientos de una mujer. Ella descubre que yo, Lord Byron, la observo desde una ventana. No hay un gesto, no hay palabras. Nada. Es Byron y las luciérnagas, un poeta y una conjetura feliz. *Pectus est quod disertos facit.*

*Son mis dibujos, George Gordon, dice. Miente con inocencia y sin rubor de ninguna clase. El rocío, o la lluvia, hacen correr las varias tintas del cuaderno. Hay muchas manos huesudas, muchos torsos, muchas cavidades costales. Estudios anatómicos a la sanguina, músculos solitarios en forma de moluscos prehistóricos. Una afilada lista de ins-*

---

<sup>16</sup> *The Complete Poetical Works of Percy Bysshe Shelley*, with an introduction and notes by Edward Dowden, New York, Thomas Y. Crowell Company Publishers, p. 505. Ozymandias es un símbolo del máximo poder terrenal destruido por el tiempo.

trumentos y una suave cabeza cercenada. ¿Quién es realmente usted, Mary Shelley?, le pregunto. No soy aún de Shelley, dice. Qué torpe ese Shelley, digo. Pienso en Godwin.

Me acerco al columpio.

Cuidado, Lord Byron; ya hay lodo en sus zapatos, dice. *I would lick all that gorgeous pavilion between your legs, Mary*, digo.<sup>17</sup> Soy una dama amarga, no corra riesgos inútiles, dice y se levanta con intenciones de marcharse a la casa. ¿Sabe él que usted es sonámbula?, digo. Si lo fuera, ocuparía usted otro sitio dentro de mi actual pesadilla, dice. No hay quien pueda con una mujer así. Ha de ser muy raro y valioso el secreto de Shelley. ¿Y cómo entraría yo en sus pesadillas?, digo. Sea dulce e insólito, imite al unicornio, dice.<sup>18</sup>

Sobre la pared norte de la mansión empieza a configurarse una imagen desconocida y alarman- te. Junto a escenas de intimidad amorosa, por mi cabeza desfilan otras en las que alguien ensambla (como en un teorema de cálculo arduo) los recursos de una virgen frente a los ímpetus de un amante que acepta esa frontera como la orden de no mirar jamás el rostro divino. El unicornio mueve su alabarda y olisquea el pubis de la virgen desnuda. Rinde el asta y se echa.

---

<sup>17</sup> Me gustaría lamer tu conejito, Mary. *Quite a sixty nine!*

<sup>18</sup> Las ilusiones de Lord Byron, al oír noticias del mito en boca de Mary Wollstonecraft Godwin, pasan por el recuerdo del célebre cuadro donde Gustave Moreau nos regala su versión del mito del unicornio, y también por una secuencia resolutiva de trece segundos en *Blade Runner*, el filme de Ridley Scott.

*El librero que me lo vendió no quiso decirme su procedencia*, dice Mary refiriéndose al álbum. Lo ha adquirido, me cuenta, en Escocia. *Eres bella y astuta, Mary Shelley, digo. Bajo esa manta violeta Lord Byron parece un trago de fiesta*, dice. Tiene razón, soy un trago, podría morder su garganta con alegría y después irme cantando a las aguas.<sup>19</sup> La *F* sobre la tapa indica un nombre. Ella no sabe, tampoco quiere saber.

Torsos otra vez, algunos tendones delineados de principio a fin, huesos en la ligazón mecánica de sus coyunturas, instrucciones para coser venas sobrantes e inaugurar atajos circulatorios, tráqueas hermosas, hígados como rojizas piedras lamidas. Todo eso y más contiene el libro de Mary. *Es interesante el cuerpo por dentro*, digo. *Y por fuera*, dice. *Ya lo creo, zorra*, digo. Intento besarla en el cuello, mas solo alcanzo a rozar algunos cabellos que huelen a ámbar. Se aleja riendo, se detiene tras la sombra de los arbustos, juega a esconderse y desaparecer tragada por la opacidad. Hay una flagrante ausencia de improvisación, pero da lo mismo. *Te dejo besarme si me muestras el pie tullido*, dice de pronto.

Nadie ha visto mi pie tullido, el feo pie tullido de Lord Byron. Incluso Berger, en la costumbre de nuestro juego, esquiva la vista, finge no darse por enterado de esa contrahechura incurable. *Cuando sientas la tentación de*

---

<sup>19</sup> Aquí resuena un verso del chileno Vicente Huidobro.

*mirarlo* —le dije, refiriéndome al pie tullido, la primera vez que me desvistió—, *aparta los ojos y asíéntalos aquí*. Meneaba mi falo, erguido a medias para escandalizarlo y sanar su curiosidad, o su secreta impudicia, aunque no creo que padezca del mal griego.

*Vete ya, Mary Shelley; duerme bien.*

4

Sahar-Alim entra en mi habitación silenciosamente. *Percy, qué deseas*, digo al despertarme.

Él se inclina y destapa la dormida desnudez de Claire.<sup>20</sup> Es de veras Sahar-Alim.<sup>21</sup> *Adorable, Georgie*, dice. Se inclina aún más y besa sus pies, los dedos fríos. Claire ronronea como un félido. *Eres mi amigo, Percy; haz lo que quieras con ella*, digo. *Cenaremos y bailaremos después, o bailaremos y después cenaremos*, dice. *Está bien, tengo sueño, he tenido que obrar cuatro veces, es una gata insaciable*, digo.

Sahar-Alim alza su torso y asume una postura muy militar.

*Estoy a tus órdenes, Georgie*. Da media vuelta y se va, completamente erotizado, el demócrata, el filántropo, el ateo.

---

<sup>20</sup> Al destaparla reproduce casi exactamente una escena de Eugène Delacroix: *El duque de Orleans mostrando a su amante* (1825-1826).

<sup>21</sup> Pero yo veía el rostro pintado por G. Clint, el ojo derecho más abierto que el izquierdo, el cuello de la camisa zafado, la boca a punto de apretarse.